

Pregón para las fiestas de la Virgen de 2010

Santiago Gil



Hace seis millones de años, tal como me apunta Javier Estévez, Guía fue mar. Todo lo que hoy vemos era durante el mioceno una extensión de agua que se confundía con otras aguas del planeta en medio de ese universo azaroso que va cincelandando el tiempo. También hace miles de años aquí no había absolutamente nadie. En aquel tiempo este paisaje que luego ha formado parte de nuestra memoria más cercana tenía vida propia. Aún no habitábamos este lugar ninguno de nosotros ni de nuestros antepasados. En la plaza grande, en la iglesia o en la plaza de San Roque habría tabaibas, tuneras, veroles o palmeras. El paraíso nos fue dado por la naturaleza. Nosotros sólo hemos puesto la mirada. Tampoco sabemos quién fue el primer humano que decidió hacer su vida en este lugar; ni el segundo, ni siquiera el que hizo el número cien o el número mil de aquellos primeros guanches sin censar y sin papeles oficiales. Las primeras crónicas conocidas las inauguran guanartemes cuya sangre aún corre por nuestras venas. Luego fueron llegando prohombres que escribieron nuestra historia, fundadores con apellidos compuestos, alcaldes, generales, poetas, médicos, abogados, agricultores, pastores, plateros o herreros. Yo quiero hoy homenajear a todos los que han formado parte de esta comunidad a lo largo de cientos de años. La mayoría duerme ya en el olvido, como dormiremos nosotros algún día. Pero en todos esos siglos las calles de nuestra ciudad, y los pagos que la integran, vivieron romances inolvidables, tragedias desgarradoras, sucesos cotidianos de los que no queda testimonio escrito, injusticias, grandes alegrías, procesiones, entierros, bautizos y todo esa panoplia que forma la vida cuando la miramos desde lejos, como si fuera un cuadro pintado por otro.

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

Hay un adagio que dice que uno es del lugar en el que estudió el bachillerato. Yo quisiera ir mucho más atrás en el tiempo. Creo que pertenecemos a cada uno de los lugares en los que hemos ido siendo felices a lo largo de nuestra vida. No hay que anclarse nunca en ninguna parte, ni tampoco hay que caer en ese estúpido chovinismo que lleva a pensar que como nuestra montaña no hay ninguna otra montaña en el mundo, o que como esas orillas rocosas no hay otras orillas rocosas que huelan tanto a mar como nuestras orillas. Esa montaña y esas orillas son importantes para cada uno de nosotros porque forman nuestro primer paisaje y porque dieron sentido a nuestras primeras miradas; pero de ellas debemos aprender a seguir mirando al mundo con la misma capacidad de sorpresa con que lo hacíamos de niño en este pueblo. El poeta Fernando Pessoa escribía que el Tajo era un río mucho más importante que el pequeño río de su pueblo, pero que el pequeño río de su pueblo era para él mucho más importante que el Tajo porque éste no pasaba por su pueblo. Nos conmueve lo que forma parte nosotros y lo que nos lleva de inmediato al recuerdo. Yo soy el que soy porque aprendí a mirar al mundo en estas calles. Hay paisajes que llevo siempre en mi memoria, olores que me devuelven a casa de inmediato, voces que resuenan nítidas tal como sonaban entonces, cuando yo aún era un niño y escuchaba a mis abuelas contarme la crónica de aquel mundo tan cercano, tan mágico y tan milagroso.

Nunca te alejas. Da lo mismo que vivas en el otro lado del mundo o que tardes más de lo que debes en regresar a casa. Pero para volver, para estar en casa, necesitamos los paisajes que nos devuelven intactos a la infancia. Debemos cuidar lo que nos queda. Los que vengan más adelante tienen que tener la misma suerte que tuvimos nosotros. Si les quitamos el decorado de la obra, todo lo que luego interpreten en la vida carecerá de sentido, o serán unas vidas con las que ya no compartiremos la complicidad del paisaje. Les debemos ese cuidado y también aquellas historias que a nosotros nos contaron nuestros padres y nuestras abuelas. Gracias a esas historias que nos narraban de niño hemos podido luego ampliar las miras de nuestra propia existencia. Cualquiera de nosotros sólo tiene que cerrar un momento los ojos para escuchar de nuevo el hablar pausado y primoroso de sus abuelas. Había mucha magia y mucha

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

alquimia en aquellas palabras que se engarzaban prodigiosamente mientras escuchábamos correr el agua por un riego cercano, o el ulular de aquel viento que también forma parte de nuestra banda sonora de entonces.

La vuelta a casa siempre se vale de olores y de sonidos que quedan grabados en los recovecos más protegidos de la memoria. Aparecen cuando menos te lo esperas, y casi siempre lo hacen para salvarte, o porque era el momento de no olvidar de dónde vienes y a quién le debes buena parte de lo que eres o de lo que puedes llegar a ser en la vida. Estas fiestas nacen para honrar a la Virgen de Guía, y su imagen está presente en muchos de los momentos clave de nuestra vida. Buena parte de nuestra infancia se escribió en estas fiestas que ahora celebramos. Identificamos la imagen de Santa María de Guía recorriendo las calles luminosas, el olor de la pólvora y el estruendo de los coches de choque o de las ruletas con el verano y con esa luz tan necesaria siempre que precisamos un cielo azul al que encomendar nuestro destino. Muchas veces creemos que la vida ha de ser siempre enrevesada, sombría, estresante o llena de sobresaltos y desgracias. Nos equivocamos de medio a medio. La vida era aquella sensación de libertad, felicidad y aventura que sentíamos cuando veníamos bajando la calle del Agua o la del Medio y sabíamos que en la plaza se había instalado la fiesta con todas sus atracciones y sus algodones de azúcar. El poeta Antonio Machado, cuando muere desolado y triste en el exilio de Collioure, se agarró a esa esencia primera para salvarse. En los bolsillos de su chaqueta sólo se encontró un papel arrugado con dos versos trazados con mano temblorosa: “Estos días azules y este sol de la infancia”. No hay más sensación de paraíso que aquel sol que nos dejaba atónitos al final de cualquier tarde cuando lo veíamos enrojecer y esconderse en el horizonte de Tenerife. Los nubarrones, las canalladas o las prepotencias de cuatro caciques trasnochados las borramos para poder seguir sobreviviendo. El castigo de lo ruin y lo mezquino es siempre el olvido.

Si miro para atrás con esa mirada limpia que requiere el pasado no tengo más remedio que destacar lo que me dio Guía para poder caminar sin complejos por el mundo. No fue dinero, ni poder, ni esa gloria efímera y de calderilla que ahora

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

venden a todas horas en saldos vergonzantes por la televisión. Aquí aprendí el valor del esfuerzo, de la educación y de la cultura, pero también se afianzaron los otros valores, los que realmente te marcan la vida y el destino, aquellos que tienen que ver con la solidaridad, la igualdad y la rebeldía ante cualquier abuso o ataque a la libertad. Todo eso me fue dado sin ditirámicos discursos o lecciones magistrales. Lo aprendí poco a poco en las aulas y en las calles de mi pueblo. Las primeras letras las aprendí con Marisol, la disciplina quedó asentada para siempre por Nicolás Aguiar y la precisión de las palabras y las construcciones gramaticales que ahora utilizo le deben mucho a Sebastián Gordillo. Pero en medio de esas enseñanzas regladas estuvo siempre presente la figura de Gloria Betancort. Uno no sabe lo que aprende y lo que gana hasta que no pasan los años y comprueba cuánto ha calado lo que creías una repetición constante de mensajes que no iban a ir a ninguna parte. Ese compromiso solidario que luego he intentado mantener a salvo a lo largo de toda mi vida lo viví en aquellos encuentros sabatinos en los que terminamos formando el primer grupo de scouts de esta ciudad. Digamos que esa sería la primera columna sobre la que se ha sustentado luego toda mi existencia. La segunda, la que realmente cambió por completo mi destino, se escribe en el Instituto de Guía. Hubo un antes y después de aquel encuentro trascendental para varias generaciones de estudiantes del norte de Gran Canaria. De repente te enseñaban que el mundo no empezaba en el Siete y terminaba en San Juan o en Ingenio Blanco, te alentaban a crecer desde el estudio y la sabiduría, y te incitaban a la búsqueda constante de la felicidad a través del arte, de los viajes y de la lectura. Había una herencia de profesores liberales, cultos y amantes de su profesión que se empeñaron en mantener a salvo la tolerancia y la libertad en medio de una sociedad pacata, sacristanesca y gris. Llegué al instituto cuando estaban a punto de jubilarse Marino Alduán, Encarna Reverter, Pilar Cortí, María Teresa Arias o mi tía Eladia García. De todos ellos me dieron clases Encarna Reverter, que me enseñó a perderle el miedo a los números y a las fórmulas matemáticas, María Teresa Arias, que podríamos decir que fue mi primera redactora jefe, y sobre todo mi tía Ladys, a la que le debo ese latín que nunca valoramos en su justa medida cada vez que revolvemos en la memoria buscando las palabras y los adjetivos que engarcen lo descriptivo y lo emocional, la precisión y la belleza

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

que se hermanan para engrandecer las ideas y la propia memoria. Hubo muchos más profesores que marcaron aquellos años, pero todos ellos se podrían reconocer en la figura de María Teresa Ojeda. En la vida hay que agradecer siempre lo que se debe a los otros, a los que contribuyeron a que tú hayas sido quien eres y quien escribes. Yo jamás habría llegado a la literatura si ella no nos hubiera enseñado cuánta magia había en los versos de Rubén Darío, de Juan Ramón Jiménez o de Pablo Neruda. Me puedo olvidar de algunos, pero no es normal que de un mismo instituto y con una misma profesora hayan salido tantos escritores en los últimos años. Ahí están para demostrarlo Isaac Oropez, María Isabel Guerra, Sergio Aguiar, Elena López, Jonás Vega Morera, Ángela Ramos, Javier Estévez o Carlos Aguiar, entre otros. Esa cultura y ese valor del esfuerzo y la educación como únicas armas imprescindibles para asomarnos el mundo nos abrió de par en par las puertas del planeta y las de nuestras propias capacidades creativas e intelectuales. Sólo me queda agradecerles una vez más lo mucho que les debo. Y sé que hablo y que digo lo que le dirían varias generaciones de estudiantes del norte de Gran Canaria que pasaron por esas aulas.

De esa cultura y de esa herencia docente viene también la relación de esta ciudad con el periodismo. Fueron muchos los periódicos que se tiraron entre estas calles, y en la historia más reciente del periodismo canario podemos encontrar nombres como Néstor Álamo, Pedro Perdomo Acedo, Pedro González Sosa, Luis García Jiménez, Santiago Betancort Brito, Amado Moreno, Mara González o Manuel Mederos, todos ellos referentes de la historia del periodismo canario de estos últimos años y herederos de esa tradición cultural que nos hermana con Poeta Bento, con Canónigo Gordillo, con Luján Pérez o con Miguel Santiago.

Pero la infancia también son los amigos y los espacios que uno habita convirtiéndolos en territorios de leyenda. Los tengo citados a casi todos en mis relatos Música de Papagüevos, principalmente en los capítulos que llevan por título La casa de Saulo y en La pandilla de San Roque. Los pueden encontrar en esa otra joya impagable para los guienses que es la página web que coordina

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

Antonio Aguiar Díaz www.guiadegrancanaria.org Sin embargo no puedo dejar de homenajear a dos amigos que han fallecido estos últimos años dejándome una profunda herida: Carlos Aguiar y Luis Castellano, junto a Sergio Aguiar, formaron el primer grupo de letraheridos con el que me acerqué a la literatura con dieciséis o diecisiete años. En esta misma plaza hablábamos de Flaubert o de Cortázar, de García Márquez o de Kafka, de Proust y de Joyce. Los dos eran excelentes escritores a los que el destino y la mala suerte no les dejó tiempo para escribir los textos que tenían que haber escrito. Quiero brindar un pequeño recuerdo a su talento y a su ausencia. Miguel Delibes siempre decía que era el azar, y no el tiempo, el que terminaba escribiendo nuestra biografía. El paso de los años, por lo menos en mi caso, no ha hecho más que ir refrendando esta cita del gran escritor vallisoletano.

Te puedes extraviar en el recuerdo. Digamos que forma parte del juego. Pero no quiero olvidarme de los escenarios en los que interpreté habitualmente mi infancia. Tenía la suerte de sentirme en casa en todo el casco guinense. Los límites los marcaban las casas de mis dos abuelas, una en Las Barreras y otra en El Siete, a la misma entrada del pueblo. En medio estaba el paraíso. Salía de San Roque y según los días elegía el escenario más propicio para mis sueños. Abajo quedaba la Plaza Grande, la fuente sin agua en la que sumergíamos aventuras, y el barranco y las canchas que tanto saben de nuestros pequeños sueños de grandeza deportiva; subiendo me encontraba el campo abierto, la presa con toda su aventura de manigua, los campos de fútbol improvisados en pedregales o maretas vacías y las fincas de plataneras sin las que sería imposible escribir sobre aquellos años. En un lado estaba mi abuela Cristina y debajo la bodega de la familia que regentaban mi padre y mi abuelo, todo un mundo ultramarino y lleno de olores y reclamos que tanto y tanto echamos de menos los guinenses; y en el otro estaba el recuerdo y los recortes periodísticos de mi abuelo Zenobio García, y las tardes de historias interminables que contaba mi abuela Bárbara debajo de un nisperero, junto a un riego que cuando llevaba agua se convertía en un gran río por el que navegaban barcos de papel que en mi recuerdo nunca han dejado de surcar canales llenos de musgo y de ranas. Y estaba Tomásín. Los que lo conocieron se pueden imaginar lo que pudo suponer esa presencia en la

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

imaginación de un niño, y los que no lo conocieron no tienen más que recrear una figura en la que confluya el surrealismo, el humor y la ternura. Braulio lo describe prodigiosamente en la canción que le dedica en el Canto a Canarias, como mismo describe las calles de este pueblo y las casas de esas abuelas que tanto marcaron la vida de cada uno de nosotros. Lo he repetido muchas veces: cuando leo lo que escribo reconozco el eco y la cadencia de aquellas historias que hilvanaban Bárbara o Cristina eternizando las tardes de mi infancia.

Pero también tenemos que centrar nuestra mirada en el presente y en el futuro. Lo otro ya pasó, lo mismo que aquellas grandezas que nos cuentan nuestros padres. Tenemos ese ayer cíclico y cambiante como todos los días de nuestra vida, pero no debemos renunciar al mañana. Y ese mañana creo que pasa, tal y como también han propuesto otros pregoneros estos últimos años, por una política comarcal que nos hermane con Gáldar, Moya y Agaete. Cada cual ha de mantener su independencia administrativa y sus peculiaridades, pero sin esa mirada conjunta el norte no hallará nunca el futuro que precisa para remontar el vuelo. De entrada, como dije hace un momento, debemos salvar el paisaje en el que nos reconocemos. Sin ese paisaje no hay turismo que valga ni tampoco podremos sentirnos nunca como en casa. Creo que está por explotar el turismo rural que busca paisajes virginales, casas rústicas convertidas en pequeños hoteles, costas rocosas sin deterioros urbanísticos y un espacio que depende de la agricultura y de la ganadería para conservar los colores y los frutos que han caracterizado siempre a esta comarca. El queso de Guía, sobre todo tras la obtención de la denominación de origen, ha de jugar un papel esencial en ese desarrollo ganadero y económico. Pero culturalmente, el norte en general, y esta ciudad en particular, cuenta con reclamos suficientes para atraer a ese turista de lujo que busca el sosiego, la belleza y un espacio acogedor de clima benigno. Aquí estuvo muchas veces el músico Camille Saint Saens. Cualquier otro lugar, si tuviera una villa como Melpómene y tantas referencias relacionadas con el músico francés, recibiría cada año miles de personas en busca de esas vinculaciones. Con una estancia mucho menor, Valdemosa, en Menorca, es destino obligado de todos los amantes de la obra de Frederics Chopin. Pero luego está el poeta Bento, el canónigo Gordillo o un Domingo Rivero al que no

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

hemos valorado suficientemente como guiense: nació en Arucas porque su madre escapó unos días de una epidemia de cólera morbo que afectaba a nuestra ciudad, pero toda su vida y todas sus referencias familiares están unidas a Guía. Sí es cierto que los guienses hemos tenido una suerte inmensa con los responsables de Cultura que ha elegido Fernando Bañolas en sus años como alcalde, primero con Erasmo Quintana, y en estos momentos con Mary Carmen Mendoza, a quien sólo le puedo agradecer la magnífica labor que ha realizado en el desarrollo de la cultura y, sobre todo, en las numerosas propuestas de futuro que contribuirán a que las generaciones venideras de guienses puedan contar con las mismas posibilidades de crecimiento personal e intelectual que tuvimos nosotros. También apelo a los milagros que pueda depararnos la Virgen de Guía para que nos ayude a superar esta crisis tan duradera y tan virulenta que estamos padeciendo. Quisiera pedirle a la Virgen que ayudara a conseguir trabajo y prosperidad a los miles de paisanos de esta comarca que ahora mismo están viendo cerrados todos los caminos que conducen al futuro. No podemos mirar para otro lado con ese drama diario a las puertas de nuestras propias casas. Urge un esfuerzo colectivo y solidario.

Pero vuelvo a la memoria y al recuerdo. Y para ello querría recurrir al primer relato de Música de papagüevos, al texto que abrió las puertas de un pasado que, cuando se escribe, uno lo puede terminar confundiendo con la ficción. Regreso a ese texto porque se adentra en este espacio en el que estamos ahora mismo y porque creo que recoge todo lo que yo querría decir sobre mi infancia en estos escenarios tan entrañables. Allí contaba que *cuando paseo por las calles o por los caminos cercanos al casco histórico de Guía me llegan a todas horas voces, olores e imágenes que me desenmascaran ante el tiempo. Dejándome llevar no acabaría nunca de rememorar lugares, personajes y momentos inolvidables que me fueron abriendo los ojos a la vida.*

En Guía aprendí a dar mis primeros pasos sobre la tierra, leí mis primeras palabras y sentí la libertad casi inexplicable del primer momento en que parecía que volaba sobre una bicicleta. En la Plaza Chica hacíamos mucha vida social en las escaleras de piedra que conducen a uno de los laterales de la

Guía de Gran Canaria

iglesia. Solía ser el tapete preferido para jugar a las estampas o para destrozarnos los pantalones o las rodillas rodando por las escalinatas. Junto a esas escaleras se encontraba un guá que fue sobreviviendo milagrosamente a las distintas pequeñas reformas de la plaza. No sé cuántas generaciones habrán jugado al boliche en ese guá. Yo por lo menos tengo recuerdos de tardes enteras tirado en el suelo tratando de atinar con el boliche y de sumar bolas de colorines para mi colección. Creo que desde entonces aprendimos que la vida es una cuestión de rachas, y, tal como sucede ahora, a veces regresabas a tu casa con los bolsillos llenos y otras con el sabor amargo de la derrota dibujada en la comisura de los labios. No conservo ni un solo boliche de aquellos años, pero sería capaz de señalar el punto exacto en el que estaba el guá. De hecho, no creo que pueda mirar el pavimento de esa plaza sin verlo: uno cuando mira los lugares en los que fue feliz los vuelve a ver como eran antaño, con los mismos amigos por los alrededores y el mismo color de la tarde reflejado por todas partes. Por eso evitamos tantas veces regresar a Ítaca: para salvarnos de los desengaños y de los destrozos del tiempo. A nosotros no nos queda París. Lo que tenemos para seguir sobreviviendo es la Guía de entonces, que era la más nuestra porque fue en la que aprendimos a ver el mundo. La calle era la vida, nuestra casa, nuestra libertad, nuestro único paraíso imaginable.

Creo que el recuerdo se hace grande justamente en lo cercano y en lo sencillo, en la emoción callada y cómplice de quien se reconoce en una mirada o en un paisaje. No me gustan las grandilocuencias ni las exaltaciones. En mi pueblo también aprendí la sutileza y la sencillez. Nadie es más ni menos que nadie. No importaba que cuatro trasnochados se creyeran por encima del resto por un estúpido abolengo o por cuatro azarosos apellidos. Cuando salíamos a la calle todos nos hermanábamos en los juegos y en el descubrimiento constante de la vida detrás de cada esquina y de cada puerta entreabierta. Hay unos versos del poeta polaco Misloz que siempre me repito para no desorientarme: “Ganar, perder, para qué, si el mundo de cualquier modo nos va a olvidar”. Si la tempestad viene fuerte y no me vale sólo con esos versos para mantenerme a flote recurro también al poeta José Hierro: “Qué más da que la nada fuera

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

nada/si más nada será, después de todo, / después de tanto todo para nada”. En medio de ese vacío y ese azar te quedan las vivencias que te salvan y que te hacen sentir eterno porque fuiste feliz y porque la vida te regaló muchos momentos inolvidables. No me podría olvidar de mis padres y de mis hermanos, ni de Miriam, ni por supuesto de mi hermana Mónica, una presencia siempre luminosa que me enseñó desde muy niño lo que luego leí de mayor en esos versos que acabo de citar. Agradezco profundamente a quienes en estos momentos rigen los destinos de mi pueblo, y en especial a Fernando Bañolas, por este nombramiento como pregonero de las fiestas en las que cada agosto honramos a la Virgen de Guía.

Este tabladillo era siempre sinónimo de un gran acontecimiento. Aquí subíamos a jugar entre los decorados, siempre magníficamente creados por Toni Caballero, o nos escondíamos entre el laberinto de maderas que lo sustentaba. Creo que sentirte querido en tu propia casa, en el lugar que te vio crecer, es algo impagable que toca inevitablemente el corazón. Los recuerdos de Guía se han cruzado conmigo en otros lugares en los que he vivido o por los que he viajado. Siempre aparece una casa, un horizonte, un árbol o una mirada que te recuerda algo de entonces. No en vano aquí nos asomamos al mundo y vimos por vez primera lo que luego nos encontraríamos con otras caras, otros paisajes y otras alegrías en mil sitios diferentes. Cada vez que te acercas a ese puerto imaginario de la infancia estás haciendo un viaje a la semilla, al origen de lo que eres y de quien eres. No viajas solo. Nunca viajas solo. Te basta un acorde, el eco de una voz que se hace hueco en el presente, o un olor que creías olvidado, para regresar sano y salvo después de muchos años de brega por el mundo. Siempre que lo desees puedes cerrar los ojos y volver a casa. Muchas gracias por haberme invitado esta noche a ese viaje tan emocionante y tan necesario.

Les deseo a todos que disfruten de estas Fiestas de la Virgen que hoy comienzan.

Guía, 31 de julio de 2010.